Recuerdos bajo la lluvia

Francisco José Stevan

Image not found.

Capítulo 1

Cuando me desperté ya se escuchaba el repiqueteo de la lluvia en el balcón del departamento. Como todas las mañanas, cuando abrí los ojos, lo primero que contemplé fue el rostro de mi novia, recostada a mi lado y en profundos sueños. Me resultaba tan bella como la primera vez y su presencia junto a mí me sacaba una sonrisa que me duraba todo el día. Era parte de mi rutina, lo que necesitaba para comenzar. Al hacerlo, me levantaba y aseaba, hacía el desayuno para ambos, dejando el suyo en la mesa para cuando esta se dispusiese a iniciar su día, y me iba a hacer lo que debía, comúnmente el trabajo. Sin embargo, ese día era diferente, era sábado y llovía; yo los sábados no trabajo y me dedico a hacer otras cosas, algunas para el departamento y la vida cotidiana. Me gustaba la lluvia, pero había cosas que no se podían hacer con ella cayendo sobre uno. Por ejemplo, hacer los mandados. Si tenía que hacerlos, aunque tuviera que disminuir la cantidad a comprar, tendría que aprovechar la mañana, ya que durante la tarde el pronóstico anunciaba que aumentaría al punto de una tormenta.

Salí abrigado y sin paraguas. ¿Para qué me llevaría uno si la lluvia cesaba cada diez minutos y no tenía la fuerza como para calarme hasta los huesos? No, era apenas una llovizna, cayendo de un cielo gris en el que aún se notaba el sol a través de las nubes. Crucé las calles prácticamente a los saltos, sin molestarme en siquiera esquivar los charcos de agua. Era feliz, ¿cómo evitarlo? La lluvia me daba alegría, todo me daba alegría, yo era alegría.

Fui al almacén que se encontraba a dos cuadras del departamento. Le pertenecía a una familia guaraní que era muy amable. El local era atendido por los más jóvenes, hermano y hermana, mas siempre se encontraba a un lado, sentada y hablando únicamente en su idioma nativo, la mayor de la familia, abuela del par anterior. A veces hablaba rápido, hacía comentarios sobre la ciudad, el clima, alguien, y la muchacha tenía siempre la amabilidad de traducir lo que había dicho. Yo, con una sonrisa, le saludaba e, a veces, incluso, aunque no me entendiese, le devolvía el comentario dándole la razón. Así era la rutina, pero de vuelta se veía afectada. Cuando la señora me vio, alteradísima, empezó a hablarme con rapidez mientras me señalaba tanto a mí como a las puertas de entrada. Yo no le comprendía y por unos segundos simplemente me quedé anonadado hasta que la muchacha del mostrador se apuró a hablar en un guaraní rápido e inquisitivo con ella. No pude evitar asustarme, ya que ambas parecían realmente alarmadas.

—Mm, ¿pasó algo? ¿Qué dice? —Me animé a interrumpirles, dirigiéndome principalmente a la chica. Me volví a mirar atrás, a las puertas, para ver si había pisado o algo, pero no había nada más que la alfombra que había

utilizado para secar un poco la suela de mis zapatos.

—No, quédate tranquilo, es solo una… —empezó a explicar, no estando muy segura—, una cosa que se decía en el pueblo de mi abuela cuando era chica. Es solo un mito —trató de tranquilizarme, con una sonrisa para disminuir el alarmismo. En gran parte lo logró.

—Ah, está bien, pero… ¿Qué era lo que decía? —No soy supersticioso, pero la curiosidad ya había entrado en mi cabeza.

—La lluvia… —me contestó luego de meditarlo un poco—. Dice que esta lluvia es solo el pie para una lluvia más fuerte y que, según una creencia supersticiosa que tenía su madre, que no era guaraní, sino de otra tribu, esta lluvia, con el cielo brillante y leve, prepara el caos de la tormenta. Que elimina la felicidad. Pero no te preocupes—me sonrió, como siempre, siempre me sonreía. Era bonita—, es solo lluvia.

Luego de eso, hice las compras sin más. A medio camino, dudé de por qué querría comprar más cosas de las que yo mismo podría consumir, ya que mis listas siempre eran precisas. También me había comenzado a doler un poco la cabeza. No creía que fuera fiebre, ni un resfrío, pero tal vez sería lo mejor no tardar demasiado, en caso de que empeorase. Se me pasó por la cabeza lo que me acababa de decir la muchacha sobre la creencia de su abuela. Que esa lluvia borraba toda la felicidad. ¿Sería realmente posible? No, me contesté mientras me reía de mí mismo. ¿Pero por qué ya no me sentía como antes? Algo me faltaba…

Salí del almacén despidiéndome sonriente de la muchacha, siendo mirado despectivamente por su hermano. ¿Qué podía hacer? La muchacha me parecía linda, además de que con sus actitudes me veía inclinado a planear invitarla a salir. Invitarla a salir, repetí para mí mismo y me sonó raro. ¿Había una razón por la que no podía invitarla a salir? ¿Acaso estaba mal desear ser su novio? Me detuve de lleno en la calle, no había ni un alma. Algo andaba mal. ¿Por qué había comenzado el día con alegría y ahora me sentía tan raro, tan vacío? ¿Y por qué me parecía tan cruel desear salir con una chica? Me tapé la cara con una mano, el dolor cada vez me afectaba más y la lluvia humedecía completamente mi ropa y mi pelo. Sentía como si me estuviera bañando, pero era solo la sensación, mi cuerpo no estaba expuesto, solo mi rostro, mi cabeza…

No encontraba explicación alguna a lo que me estaba pasando. La superstición de la señora me rondaba la cabeza, mas no era más que un mito. ¿Borrar la felicidad? Ella no es más que un estado anímico dependiente de una cantidad incalculable de factores y eso la vuelve más inestable que incluso el cielo. Entonces, por qué mi cabeza decía que eso era la respuesta. Al cabo de un rato me di cuenta que estaba haciendo el estúpido, parado en ese lugar, mojado y con los contenidos de las bolsas siendo arruinados lentamente. Me insulté por lo idiota, por lo

desconcertado, que no era posible que un mito me haya afectado tanto. Y seguí caminando.

En el trayecto a mi departamento desde el almacén hay una parada de colectivo. En ella, una muchacha muy hermosa, que con solo verla me subió la temperatura del rostro y distrajo de toda sensación incómoda, esperaba con una valija enorme. ¿A dónde estaría yendo?, me pregunté, pero me di cuenta que si me quedaba observándola terminaría quedando como raro. Era una lástima, sí, ya que con solo una mirada me atraía más que la muchacha del almacén. Ir y hablarle en medio de la calle, en un lugar donde no hay nadie, ante los ojos de las mujeres era lo mismo que acosarla sexualmente. Me lo recriminé un par de veces, aceptando que nunca tendría una oportunidad con esa chica y que tendría que concentrar mis esfuerzos románticos en la otra. Cuando pasé por su lado, el colectivo llegó y ella subió rápidamente, se la veía rara, como consternada. Sentí que el hueco que se había abierto en mi corazón se expandía dolorosamente. ¿Por qué?

Abrí la puerta del departamento y lo primero que hice fue ir a la cocina. Allí, ante mi sorpresa, había un plato lleno con el mismo desayuno que yo había tenido ni bien levantarme. No llegaba a comprender qué hacía otro plato además del que yo claramente ya había comido y estaba puesto para lavar más tarde. Guardé las cosas que podía guardar en la heladera y llené las alacenas. Luego fui a mi habitación, el dolor de cabeza había disminuido, pero ya era una jaqueca constante. Al mismo tiempo, por alguna extraña razón me sentía mal, me dolía el pecho. Entré al cuarto y vi una serie de fotos en una cómoda. No las recordaba… ¿Por qué no las recordaba? Me acerqué a ellas y me llevé un susto. En cada una de ellas, se veía a la muchacha que acababa de subirse en el colectivo. Esa muchacha con la valija grande. Esa muchacha con la cara triste. Pero en las fotos estaba sonriente, en cada una, y en la mayoría yo estaba a su lado transpirando un aire feliz.

¿La lluvia borra la felicidad? Sí, pero es peor que eso. No es que elimina el estado anímico elevado, máximo de uno, sino que borra la razón de la felicidad de uno: Las memorias felices. Mis recuerdos y los de todos los que hacían mi felicidad, bajo la lluvia, se borraron para siempre.